

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

129 1974-1975: El desastre



LA BATALLA POR LA VERDAD

Recordemos esa escena que tuvo a Graiver como testigo: Perón les dio la razón a dos personajes que le habían planteado –uno después de otro– cosas completamente antagónicas. Graiver, asombrado, dice: “Pero, general, no entiendo. Hace un rato le dio toda la razón a Lorenzo contra Guerrero, y ahora acaba de hacer lo mismo con éste. ¿No es una contradicción?”. Perón toma a Graiver de un brazo y, casi confidente, le dice: “Graiver, usted también tiene razón”. Sin embargo, el General no compar-ta la interpretación de Nietzsche ni la de Foucault. Para él, si todos tenían razón era porque la razón o, si se quiere, la verdad, la última y definitiva verdad, la iba a construir él. Este era su poder: el poder del conductor estratégico. El que no pudo ejercer cuando regresó al país. Y el que –para qué negarlo– tampoco se propuso ejercer. Perón volvió con una decisión tomada. Había un sector del movimiento, tal vez no inintegrable, pero que debía dar un paso al costado y dejar hacer en paz a los otros. Era el momento de los dialoguistas, de los conciliadores, no de los guerreros. Para su sorpresa, los guerreros no aceptan ese planteo y le hacen la guerra a él. Estallan todas las verdades. En la Argentina del ’73 todos tenían visiones divergentes sobre la realidad. Perón, etapa dogmática y Pacto Social. La CGT, Pacto Social y hegemonía sindical. La CGE, Pacto Social y desarrollo de la burguesía nacional. La Jotapé, socialismo nacional, movilización popular y poder dentro del movimiento (mucho poder: nada menos que la conducción compartida con Perón). El ERP, no dejar las armas, seguir los operativos y (ahora que no estaba Cámpora) contra quien se le ocurriera: el gobierno era burgués y el enemigo era (como siempre) la burguesía capitalista. Los políticos en general, mantener la democracia, estar a la expectativa, las disintas verdades se dirimían dentro del peronismo. Las patotas de los sindicatos, el CdeO y la CNU, guerra al zurdaje antinacional y sinárquico. Los empresarios, ¿se podrán hacer negocios en medio de todo esto? Los militares, tiempo al tiempo, esperar que Perón se muera y heredar el desastre que inevitablemente esa muerte producirá como una fruta madura. Luego, nadie imaginaba lo que tenían preparado. La militancia juvenil, seguir trabajando en los barrios, en las Unidades Básicas, en las Universidades: política y no violencia.

Todas estas verdades colisionan a partir de Ezeiza. Perón deja de ser el enunciador único. Cuando ya no hay un líder que impone una verdad asistimos a una destotalización de la verdad que el líder totalizaba en su liderazgo. La destotalización de *La Verdad* se expresa en muchas verdades. Cada verdad es un punto de vista sobre la realidad-real o fáctica en que todos están inmersos. Realidad fáctica significa que los hechos son los mismos para todos. Tengamos esto por absolutamente claro: todos se mueven dentro del despliegue (en general caótico) de los mismos hechos. Pero los hechos no consiguen ordenar nada. Los hechos no vien-nen con su interpretación adosada. Los hechos vienen desnudos al mundo. Son los sujetos de la praxis quienes los visten con sus interpretaciones. “Ezeiza fue una masacre.” “Fue un combate entre grupos peronistas.” “Empezaron a disparar desde los árboles.” “Los zurdos querían matar a Perón.” “Quisimos copar el acto.” “Copar el acto fue el error: era como ir a la guerra.” “Había mercenarios franceses.” “No había mercenarios france-ses.” “Favio sabía todo.” “Favio no sabía nada.” “Favio se asustó tanto que pasó una semana escondido bajo una cama en la casa de Abal Medina.” “La culpa fue del Gobierno.” “Hubo sólo 14 muertos.” “Hubo casi 200 muertos.” “Los culpables son Osinde, Brito Lima y Norma Kennedy.” “Perón sabía.” “Perón no sabía.” “Fue el fracaso de una gran fiesta.” “¿Quiénes torturaban en el Hotel Internacional?” “Favio se quiso cortar las venas.” Y así incesantemente. ¿Dónde está la verdad? Voy a tener que escri-bir un ensayo sobre estos temas. Seré claro: la verdad no existe. Así como no hay hechos, hay interpretaciones. No hay una verdad, hay verdades. De todas esas verdades termina por ser la ver-dad la que tiene el poder de imponerse sobre las otras. El 21 de junio, Perón intentó imponer *una* verdad. La culpa fue de los infiltrados. De los que se ponen la camiseta peronista. En otros tiempos ésa habría sido *la* verdad. Ahora no. Los jóvenes rebel-des no la aceptan. En suma, como el líder no puede imponer una verdad para todo el movimiento, los distintos sectores empiezan a pelear por la suya. Todos se transforman en enuncia-dores primeros. Porque todos dicen *Perón es nuestro*. Habla por nuestra boca. Todos, por fin, matan en nombre de Perón. Por-que todos dicen tener la verdad de Perón. Que no la tiene nadie. Y que Perón no logra imponer. Aquí, empieza la batalla. La ver-dad, ahora, es la Muerte. Aquel que mata al otro tiene la verdad. El que muere no la tiene. Un muerto nunca tiene la verdad. Por eso la violencia es tan resolutiva. Por eso las guerras son tan ince-santes. Nadie que perdió una guerra impuso su verdad como la verdad del todo. Al contrario, ésta es una prerrogativa, un privi-legio del que la gana.

EL ESPÍRITU DE DOMINACIÓN

Para colmo –aunque ya estaba muerto como enunciador pri-mero y privilegiado– Perón se muere fácticamente. Ahora sí: el campo de batalla es totalizador. No habrá tregua ni intento de diálogo. No habrá líder que lo convquee. Todos empiezan a

matarse entre todos. El que será aplastantemente el enunciador único, el que impondrá la Verdad para toda la sociedad argenti-na a través de la Muerte absoluta, de la Muerte para todo aquel que mínimamente disienta con su verdad, espera, serenamente espera. Sabrá calibrar el momento en que la decomposición social llegue a tal extremo que su intervención sea reclamada como el Orden que todos desean: por favor, sávennos del caos, queremos el Orden de una sola Verdad, de una sola enuncia-ción, queremos el totalitarismo. Pero no el caos. A su vez, quie-nes vendrán a imponer ese Orden hace ya tiempo que colaboran con la generación del caos. Saben que el caos tiene que llegar a lo intolerable. De modo que cuando ellos aparezcan, cuando den el golpe de Estado, la ciudadanía respire aliviada: “Al fin, llegó el golpe. Ahora vamos a vivir tranquilos”.

En medio de la lucha que estalla a partir de la muerte del líder cada grupo intenta imponer su verdad al otro. Para hacerlo recu-rre a la violencia. Estalla una interna y cruenta pequeña guerra sucia. Todos quieren matar al Otro para que triunfe su verdad. Cuando, en marzo de 1975, estalla la huelga en Villa Constituc-ión, el gobierno peronista de Isabel Perón y los sindicatos per-onistas, que son, como tantas veces dijera el general, la conquista histórica del movimiento, su columna vertebral, más las bandas fascistas que esos sindicatos y el gobierno y hasta varios militares financian y organizan, marchan sobre la pequeña localidad rebel-de. Se trata de una huelga genuina y –he aquí la novedad– no peronista. *No son peronistas esos obreros*. Son hombres de izquier-da, son clasistas. Los sindicatos peronistas demuestran que son estructuras del orden burgués. Todos los Ford Falcon que sean necesarios caerán sobre Villa Constitución y desatarán una vio-lencia desbocada. El gobierno declara que se trata de un “vasto complot extremista”. Pero la huelga es legítima, no busca la vio-lencia. Incluso cuando los Montoneros –que intentan copar ese movimiento insurreccional genuinamente obrero– asesinan en Rosario a Telémaco Ojeda, jefeefe de policía de Villa Constituc-ión, los obreros les hacen saber de modo terminante que la lucha que ellos han emprendido *no es ésa*. Sea cual fuere, es tanta la violencia asesina que se descarga sobre el movimiento huel-guístico que terminan por sofocarlo. O por decirlo de otro modo: por dominarlo. Y aquí llegamos al centro teórico de la cuestión. No puedo desarrollar en este libro (sin duda en algún otro) una teoría de la violencia como estructura interna de la condición humana, pero tenemos tantos elementos acumulados que algo podemos decir. La violencia existe, ha existido y existirá porque el ente antropológico está constituido por el *espíritu de dominación*. Admito que los filósofos terminamos encontrando en el *hombre* lo que ya antes hemos puesto. Sí, es así. Admito que somos los campeones de las relaciones binarias, le guste o no a Derrida. Descartes incurre en la res cogitans y la res extensa. Kant en el mundo fenoménico y el mundo nouménico. Hegel intenta un monismo, pero durante toda la *Fenomenología del Espíritu* la conciencia es conciencia desdichada porque no sabe que ella y lo absoluto son lo mismo. Marx enfrenta a la burguesía y al proletariado. Nietzsche al hombre y al superhombre o al mundo suprasensible y a la vida que contiene la voluntad de poder. Heidegger es un campeón de lo binario: el Dasein y los entes distintos del Dasein. Sartre, el ser en sí y el ser para sí. Fou-cault apenas si logra salir del monismo del Poder. Balbuca una resistencia a la que lo llama contraconductas. Tendríamos enton-ces: poder y contraconductas. Lo que ahora planteo se acerca un poco a Freud. El maestro vienés, en su notable libro *El malestar en la cultura*, habló del Eros y la pulsión de muerte. Planteamos, aquí, que el *espíritu de dominación* es el elemento constitutivo básico del ente antropológico. El hombre es ese ser que necesita dominar a sus semejantes. Esto se produce en el ámbito indivi-dual o en el de los países. El espíritu de dominación es el espíritu de los Imperios. Es el espíritu de la expansión, de la conquista, del sometimiento. El espíritu de dominación está a la base de todas las guerras. ¿Cuál debe ser la estructura interna más pode-rosa de este espíritu que encontramos en el hombre y que es más fuerte que todas sus otras pasiones o pulsiones? El espíritu de dominación requiere como aliada permanente a la *pulsión de muerte*. Recordemos hasta qué extremo punto se burla Freud de un precepto tan arraigadamente cristiano como “Amarás al prój-i-mo como a ti mismo”. Este precepto tiene la misma intención de buscar la armonía entre los hombres como el otro: *No mata-rás*. Sin embargo, dice Freud: “La verdad oculta tras de todo esto (...) es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor que sólo osaría defenderse si se la atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguie-nte, el prójimo no lo representa únicamente un posible colabora-dor y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de tra-bajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consen-timiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimiento, martirizarlo y matarlo” (Freud, *El malestar en la cultura*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1992, pp. 52/53). Pero Freud establece una relación binaria, ya que frente a la pulsión de muerte coloca al Eros. Que es, esencialmente, la vida. Al final del libro (cuya fecha es 1930, una etapa mala pero habría que ver si hubo alguna vez una buena o si esta que hoy

vivimos no figura entre las peores de la Historia, pues conlleva una carga apocalíptica poderosa, tanto en el peligro nuclear como en la devastación del planeta) cae en el pesimismo: no cree que el Eros pueda dominar a su eterno adversario, la pulsión de muerte. No hay relación binaria en mi planteo. El espíritu de dominación es sin más el espíritu del ente antropológico. Ese espíritu busca el sometimiento y, por su mediación, acumular poder. Sabe que para tal empresa tendrá que matar, algo para lo que está preparado porque su pulsión de muerte es poderosa y ansía triunfar tanto como su espíritu de dominación. A través de la muerte o del peligro de muerte (que provoca el miedo en el Otro) se consigue la dominación. Cuanto más dominamos mayor poder tenemos. Cuanto mayor poder tenemos mayores son nuestras posibilidades para imponer la verdad, nuestra ver-dad como única verdad para todos. En suma, el espíritu de dominación se realiza por medio de la pulsión de muerte que nos permitirá el sometimiento del Otro, este sometimiento me entrega poder (cuantos más sean los seres o los territorios o los países que sometamos y dominemos mayor será nuestro poder), el poder me permite crear la verdad e imponerla como verdad para todos. Cuando esto ocurra mi poder se habrá consolidado. No puedo aquí detenerme mucho más en esto. Pero en pasio-nes como el amor –por acudir a la más exaltada como cumbre de la entrega sincera, auténtica– el espíritu de dominación es decisivo: siempre hay uno que domina. Domina el que *menos* ama al Otro. El que *más* ama se ahoga en su propia pasión y no tiene control sobre su conducta y menos aún sobre la rela-ción. El que *menos* ama es el más calculador, el más frío, el que puede calcular, manipular, dominar al Otro. Al que más ama lo ciega su pasión. Al que menos ama nada lo ciega, per-manece lúcido y sabe cómo utilizar los sentimientos del Otro, aun cuando –razonablemente– lo ame. En suma, en el amor, el que ama pierde. En el arte, sin duda la *Sonata en Si menor* de Franz Liszt es una de las cumbres (o acaso la más alta cima) de la música para piano. ¿Cuánto tuvo que ver en ella la vanidad de un vanidoso extremo como Liszt? ¿Cuántos monarcas se rindieron a sus pies, cuán-tas mujeres se metieron en su cama, cuántos auditorios lo ovacionaron hasta el desmadre?

Como sea, sólo busqué dar esta pequeña antropología pesimista para ayudar a entender desde un plano –diga-mos– más filosófico la historia trágica que acabamos de atravesar. Ninguno tenía razón. Ninguno consiguió domi-nar al Otro. Todos accudieron a la violencia. En este aspecto, la derecha es más cruel, más brutal, más ignorante, más lumpen. Pero el espectáculo que se ofreció no creemos –como dicen tan-tos apresurados y hasta algo tontos críticos de la generación del ’70– que haya ofrecido la exaltación del heroísmo ni del marti-rio. Basta de joder con eso. Las cosas fueron mucho más complejas. Mi corazón está más cerca de los jóve-nes militantes que conocí entre 1968 y 1973. Eran buenas chicas y buenos pibes. Eran jóvenes y como todos los jóvenes creían que el futuro sería tal como ellos lo deseaban. Esa militancia tuvo un pro-blema. Fue hija de su época e incurrió en una aceptación a-crítica de la vio-lencia, de la lucha armada. Pero era difícil que eso no pasara. La política de La Habana tuvo gran responsabilidad. La exhortación de Castro recorrió la entera América latina y fue recibida a pecho descu-bierto por las generaciones de muchos países: *Sean como el Che*. Ahí empieza el error espectacular que señala Eric Hobsbawm. ¿Sean como el Che? ¿Alguien pensó cómo había sido el Che? Un hombre de gran coraje, sin duda. Pero buscó ser más un héroe que un revolucionario. O alguien que buscó un destino crítico a través del martirio. ¿Nadie pensó que no era precisamente adecuado para un asmático meterse en una selva tan húmeda como la boliviana? ¿Nadie le dijo que eso lo mataría o lo debilitaría gravemente? ¿Y la teoría del foco? ¿Se discutió a fondo algo que no pertenecía al corpus del marxismo y que había llegado de la mano de un francésito del Primer Mundo? (Pido serenidad a los admiradores del Che. Vamos a ocuparnos mejor de esto y muy pronto. Si quieren seguir usando su remera, háganlo. Fue un luchador contra el sistema más injus-to de la Tierra. Pero no el ejemplo “exportable” que Castro ofreció a América latina.)

CRONOLOGÍA DE LA MUERTE

1º de mayo de 1974: Aunque ya analizamos este hecho y no hubo muertos ese día nos resta narrar un par de episodios. Esto no lo sabe nadie. La Historia no lo recogió. Lo cuento porque encontré a Luis Brandoni no hace mucho y lo comentamos y él lo recordaba entre el humor y la bronca. Me dijo que podía con-tarlo. Que no le jodía para nada. Brandoni, en 1974, hacía un personaje desopilante. Si no te refas es porque estabas boleta. Era un atorrante que subía a un colectivo y empezaba a vender pei-nes. “Para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero tengo estos peines de esportación. O sea, que aquí no se consiguen. No se consiguen porque se esportan todos para afuera. Pero ustedes,

damas y caballeros, tienen hoy la extraordinaria suerte de encon-trarse con alguien como yo que se consigue hasta las cosas que en el país no hay. Y lo que no hay son estos peines. Para la cartera de la dama, el bolsillo del caballero y hasta para peinarse si tienen ganas.” Brandoni actuaba en el tinglado que el peronismo había montado junto a la Rosada, del lado derecho. Los montos meta “No queremos Carnaval/ Asamblea Popular”. De pronto, Bran-doni se detiene y –con el mismo modo de hablar del reo vende-dor de peines– les dice: “¡Eh, che! ¿Que les pasa? ¿Tán todos piantados? Es una fiesta esto. Dejen laburar. Un poco de respeto. Estoy laburando yo acá. ¿O no se avivaron? Soy un laburante yo. ¿Qué les pasa? ¿Qué les agarró?”. Las voces se multiplicaron: “No queremos Carnaval/ Asamblea Popular”. “No era así”, me dijo Brandoni hace poco. “Para el peronismo, el 1 de mayo fue siem-pre una fiesta. ¿Ma’ qué Asamblea Popular?” Sabía más de las costumbres peronistas un radical que los montoneros. ¿Asamblea Popular? ¿Qué buscaban? ¿Discutir con Perón en medio de la Plaza de Mayo? ¿De igual a igual? ¿Como cuando proponían compartir la conducción? Entre tanto, Walsh interceptaba, desde un lugar cercano, las comunicaciones de Villar. Era el Profesor Neurus, el genio.

11 de mayo: Asesinato del padre Carlos Mugica. Durante su primer regreso Perón lo había ido a visitar a la Villa 31. Mugica no estaba. Se vieron después. Perón le dijo: “El mundo marcha al socialismo”. Mugica, durante los días previos a su muerte, se había enemistado con Firmenich. Había renegado de toda acción violenta. Esto lo coloca en una situación riesgosa.



La Triple A advierte que, si lo mata, culparán a Montoneros. Mugica sale de la parroquia San Francisco Solano. Alguien le dice: “¡Padre Carlos!”. “Sí”, responde Mugica y gira hacia su derecha. Era Rodolfo Eduardo Almirón. Tenía una ametrallado-ra de 9 mm. Le dispara una ráfaga. Cuatro balas penetran el cuerpo de Mugica. Almirón se escapa en un Chevrolet Rally Sport, color verde. A Mugica lo llevan al Hospital Salaberry. Se dice que sus últimas palabras fueron: “Ahora más que nunca debemos estar junto al pueblo”. Es improbable, suena demasiado a “última frase” (Martín de Biase, *Entre dos fuegos. Vida y asesina-to del padre Mugica*, Patria Grande, Buenos Aires, 2009, p. 308). Mugica es una figura querida y también cuestionada. Pintón, de ojos muy claros, fue puesto en la *Cárcel del Pueblo* por Ortega Peña. Era una sección de la revista *Militancia* donde se metía a los seres más reaccionarios de la Argentina. Justo en el último número que publicó (28 de marzo de 1974). Justo ahí, salió Mugica. “Carlos Mugica, super star (...) *La Biblia* y el *cafeñón*, diría Discépolo. Ayer una misa por Carlos Ramus, luego un res-ponso a Bianculli, guardaspaldas de la UOM, y hoy un oficio religioso para Isabelita (...). Como si fuera un corcho, siempre flotando aunque cambie la corriente (...). Por todo lo expuesto, quede Carlos Mugica preso en la *Cárcel del Pueblo*, aunque se quede sin asistir al casamiento de la hija de Llabí con Sergio Patrón Uriburu” (Felipe Celesia - Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2007, p. 253/254). Esto fortaleció la tesis del asesinato a manos

de los Montoneros. Por toda la city los servicios pegaron afiches que decían: “Había lobos en tu rebaño”. Se veía a Mugica rodea-do de ovejas entre las que había unos cuantos lobos sedientos de sangre. El texto era: “Carlos Mugica asesinado por la columna Sabino Navarro de Montoneros”. Había un error: la columna Sabino Navarro se había escindido hacía tiempo de Montoneros. Lo que revelaba la mala fe y la mala información de los servicios. A Mugica lo mató Rodolfo Almirón, el principal asesino de la Triple A, hombre que actuaba bajo las órdenes de López Rega. Aprovechó la encrucijada en que el sacerdote se había colocado. No hay nada peor que estar entre dos fuegos. Cualquiera de los bandos puede echarle la culpa al otro. Pero la militancia lo tuvo claro: los montos jamás habrían matado a Mugica. El día del sepelio todos los que lo lloraron eran militantes de la Jotapé. Casi no había montos. Pero nadie los acusó. Ahí la vi a Alcira Argumedo con sus ojos verdes llenos de lágrimas. Ahí estaba Mugica, blanco como blancos se ponen los cadáveres. La gente desfilaba alrededor del féretro. Miguel me dijo: “No fueron los montos. Podrán hacer mil gagadas, pero tienen una moral”. El mismo día en que matan a Mugica muere Fidel Pintos. Tenía 69 años. Perón lo había citado en un discurso y era –aparte de eso– un cómico notable. Tal vez no deberíamos tomar como algo lógico que Perón no haya asistido al sepelio de Mugica, sino como un burdo error de conducción. ¿Por qué en noviembre de 1972 lo fue a visitar en la Villa 31? ¿Era necesaria tanta inconse-cuencia? ¿Por qué se mostró desolado en el velorio de Rucci? ¿Por qué, al menos, no fue al entierro? Había muertos privilegia-dos y muertos de nadie. No, al menos, del Presidente.

16 de mayo: En Ezeiza se reúnen Perón y Pinochet. Varios grupos políticos declaran persona no grata al dictador chile-no. En la revista *Lucha Armada*, Sergio Bufano, su direc-tor, tendrá la valentía de decir (en 2005) que Perón es el primer presidente constitucional de América lati-na que recibe a Pinochet, que, en ese momento, el Estado Nacional de Chile era un campo de concentración “donde se torturaba y se susi-laba a miles de opositores”, que la excusa del encuentro fue el “tratamiento sobre los hielos antárticos” pero que eso es imposible de creer. Y afirma: “Ese encuentro Perón–Pinochet fue el primer antecedente del Plan Cóndor” (Sergio Bufano, *Lucha Armada*, junio/julio/agosto de 2005, N 3, p. 25).

18 de mayo: El diario *La Opinión* entrevista en el Hospital de Clínicas al militante de la Tendencia Salvador Bidegorry.

Fue torturado por la policía. Perón no pide que se tomen los datos de los implicados. 24 de mayo: Estalla una bomba en el Partido Comunista de Constitución. Algo que demuestra la ceguera represiva, pues el PC no está con la guerrilla ni con la Tenden-cia. Pero el “comunismo” le produce aler-gia al Gobierno. Perón da otro de sus dis-cursos. Otra vez insiste con la Doctrina Jus-ticialista. (Esto lo hace para señalar que está ajustando doctrinariamente al Movimiento para impedir la “infiltración ideológica”.) Se disuelve (según se dice: “momentáneamente”) la *Juventud* como rama del Partido Justicialista. Lo que, en realidad, se disuelve es la Tendencia. No hay “otra” Juventud Peronista. Salvo que se consideren tales esas obras maestras creadas y fortalecidas al amparo de Osinde, López Rega y Brito Lima: La Jotaperra, la CNU, la Juventud Sindical y el Comando de Organización. Sólo Guardia de Hierro y Demetrios pertenecían por derecho propio a la Jotapé, como ala derecha. Pero la Jotapé es la de la Tendencia, ahora manejada integralmente por Montoneros. La que grita en los actos: “Y ya lo ve! Hay una sola Jotapé”.

25 de mayo: El exacto día en que se conmemora la Revolu-ción de Mayo (fecha que no le habría disgustado aunque, si de morir se trata, no hay fecha que sea buena) muere don Arturo Jaurtche. Tenía 73 años. Se murió a tiempo. Hay dos actos que, para la derecha, apestan a “comunismo”, a “infiltración”. En Villa Devoto, la Jotapé recuerda el primer ani-versario –ocurrido, es la sensación, siglos atrás– de la llegada de Cámpora al gobierno. En plaza Garay, manifiestan los familiares de los presos políticos. (Lema del camporismo: “Ni un día de gobierno popular con presos políticos”.) La policía brava se ensa-ña con los dos actos: 250 detenidos. El próximo acto –si alguien se atreve a hacerlo– será por más presos políticos. Precisamente: por 250 más.

29 de mayo: En el Día del Ejército, el comandante general Leandro Enrique Anaya convoca a todos a “frenar a la subver-sión”. 30 de mayo: Son secuestrados y asesinados tres militantes del Partido Socialista de los Trabajadores.

31 de mayo: Un puesto móvil policial ubicado en Gerli es incendiado por elementos de “la guerrilla”.

JUNIO DE 1974

4 de junio: El Poder Ejecutivo clausura la revista de la Jotapé

El Peronista. Era la continuación de *El Descamisado*. Estas clau-suras se hacían “por decreto”. Como nadie se explicaba las verda-deras razones surgió un chiste. Un tipo le pregunta a otro: “¿Me querés decir por qué clausuraron *El Peronista*?” “¿Cómo, boludo? ¿No sabés?” “No.” “Por el decreto 3574.” Estos chistes ya no se publicaban en ningún lado. Le habrían puesto una bomba al que lo hiciera. Iban de boca en boca. Con gran prudencia ya. Por esas cosas del “apego a la vida”.

6 de junio: Insólito viaje de Perón al Paraguay. Bajo la lluvia permanece de pie durante más de media hora. Impresiona ver a ese anciano con problemas cardíacos y respiratorios mojándose en la cubierta de un lanchón o tal vez una cañonera paraguaya, esa embarcación que lo salvó en el ’55 y lo está asesinando en el ’74. Una locura. Nadie entiende nada.

10 de junio: Asesinan a Remo Crotta, dirigente del gremio papelero. En Ensenada encuentran el cadáver de Francisco Oscar Martínez, 28 años, Jotapé. Hay problemas de desabastecimiento. Isabelita lanza un discurso contra el “agio y la especulación”. El mismo lenguaje del peronismo del ’54. El tercer Perón, en menos de 8 meses, ya está donde estaba el primero después de casi 9 años de gobierno.

12 de junio: Acude al mismo recurso. Amenaza con su renun-cia. Esto lo había hecho el 31 de agosto de 1955, fecha en que pronuncia el célebre discurso del 5X1. Se arma una concentra-ción en Plaza de Mayo. Todo es muy rápido. Pero se consigue llevar mucha gente. Los montoneros no tienen tiempo de nada. No se organizan. No van. Por los barrios viborea una consigna: *Qué pasó! qué pasa, general! Llenó toda la Plaza! No nos mandó a visar*. Todo es muy triste. Se esperan “horas aciagas” no como dicho el General en su discurso. Al terminar ahí le pasa. No era “el pueblo” el que ahí estaba. Pero gritaban su nombre. Le ofrecían todo el cariño que les era posible ofrecer. Era una buena manifestación que le habían armado entre Adelino Romero (nuevo líder de la CGT, en el que se pusieron muchas esperanzas pero se murió ahí nomás) y el incansable Juan Manuel Abal Medina, que, a comienzos de ese año, otra vez había sido balea-do desde un auto misterioso. Perón, sin duda, se siente en la mejor de todas sus concentraciones en la Plaza de Mayo, acaso en la mismísima por la que Félix Luna habría dado diez años de su vida, y transportado hacia ella por alguna magia inexplicable –como lo son todas las verdaderas y escasas de este mundo– deja caer desde el balcón de la Rosada la frase más perfecta que haya dicho político alguno: “Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que es para mí la palabra del pueblo argentino”.

De aquí en más siguen los atentados, los asesinatos. El 20, en un accidente de automóvil en que transportan armas, mueren dos militantes de la CNU. La policía mata a dos militantes de la Tendencia. Dicen que fue en un tiroteo. Muere a balazos el mili-tante de la Tendencia Juan Carlos Moreno, 20 años. Entre tanto, en Munich se juega el Mundial de Fútbol. Argentina le gana 4 a 1 a Haití. Leves esperanzas. Atentados con bombas en varias zonas del país. Son asesinados un funcionario de Bienestar Social y un viñatero de 66 años. El 25 de junio es secuestrado el director del diario *El Día* de La Plata, David Kraiselburd. El secuestro lo lleva a cabo Montoneros. Lo asesinan en Manuel Gonner el 17 del mes siguiente, julio. Kraiselburd tenía 58 años. En junio, el día 26, en Munich, Holanda (*La Naranja Mecánica*) aplasta a Argentina: 4 a 0. Sorprende la baja actuación de un crack como Roberto Perfumo. Y el arquero Carnevali se luce rechazando la pelota con los puños y dejándola siempre en los pies de Cruift, el goleador del campeonato. Una de las actuacio-nes más tristes de un equipo argentino en una contienda interna-cional. Cuatro años después saldríamos campeones del mundo. Gracias a Kissinger, a Videla, a Perú, al arquero de Perú: el argentino Quiroga, a Kempes y a Fillol. Ah, y al comunista Menotti. En Diputados se aprueba la construcción del *Altar de la Patria*, una idea faraónica de López Rega para simbolizar la “unidad nacional” en el preciso momento en que mataba a medio país. En el *Altar* reposarían juntos para toda la eternidad Evita y Aramburu, Rosas y Urquiza, Lavalle y Dorrego, Moreno y Liniers, Yrigoyen y Uriburu, Roca y mil o dos mil indios, que apenas si llegarían a emparejar la figura gigantesca del gran héroe de la Conquista del Desierto. El 29 de junio, Isabel Martínez de Perón jura como presidenta interina de la República. Perón firma su último decreto: acepta la renuncia que Cámpora le ha ofrecido como embajador en México. Otro raje a Cámpora: ¡el último decreto de Perón! Si alguien quiere leer una versión edul-corada, amable, de la muerte del General Perón puede consultar el muy bien documentado libro de Norberto Galasso. Según parece, de bueno que era, a último momento Perón quiso dele-gar la presidencia en...; ¡Ricardo Balbín! Gustavo Caravallo, el secretario legal y técnico de la Presidencia, le dice que eso es “téc-nicamente” imposible. Perón se resigna. Aunque sigue empeña-do en no legar a la posteridad esa imagen tan fea de haber dejado en el trono a Chabela, de quien se sospechaba –vaya uno a saber por qué– que era sometida por López Rega por medio de sus artes diabólicas dominánndola –de ese modo– por completo y ella, luces, muchas no tenía. Parece que de esto Perón se dio cuenta diez minutos antes de morirse. De lo contrario habría hecho algo al menos tres o cuatro meses antes. Pero la cercanía de la muerte vuelve buenos a los hombres y Perón no nos quiso

dejar en manos de Isabel y el Brujo sino de Balbín. Al no poder hacerlo por los “motivos técnicos” alegados por Gustavo Caravallo, le dice a Chabela: “Pero, de todos modos, nunca tomes una decisión importante sin consultar con Balbín” (Galasso, *ob. cit.*, p. 1330). Luego se muere y sus últimas palabras son: “Mi pueblo... Mi pueblo...” (Nota: Si Galasso necesita un Perón angélico y un Moreno revolucionario, nacionalista, latinoamericano e indigenista está en su derecho de construirlos. Todo se puede hacer. Nosotros estamos en nuestro derecho de crear otra cosa. Mi posición es más antipática porque no quedo bien con nadie. Con los gorilas porque se ve que —para qué negarlo— llevo mucho peronismo en mí. De lo contrario, no habría escrito este libro. También porque he tratado a Evita, a Discépolo o a Cooke con enorme respeto. Y hasta con algo más también. Como a los huelguistas del Lisandro de la Torre o a los obreros del Cordobazo y a la Juventud Peronista. Y voy a confesar algo (que ya puse en boca de algún personaje pero quiero repetir aquí): de la juventud peronista, de la generación del '70 se podrá decir lo que cualquiera desee, pero la más hermosa y pura consigna de nuestra historia le pertenece. Está a la altura de las mejores del Mayo francés. Salvo que de los francesitos no murió ni uno y a los pibes de la Jotapé los masacraron a casi todos. La consigna es: *Qué lindo, qué lindo que va ser! el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel*. Los que quieran reírse, que se rían. Los que quieran burlarse, que se burlen. Pero esa consigna se hermana con la famosa: *Seamos realistas! Pidamos lo imposible*. Era imposible el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel. Porque el Sheraton Hotel es el Imperio y ya no derrotaremos al Imperio. A lo sumo hará implosión. Pero, qué gran consigna, qué sueño tan hermoso, sin violencia, pensando en los niños, en derrotar al imperialismo para hacer un gran hospital para los niños. En fin, si la explico, la mato, le quito su encanto, su infinita sugerencia y hasta su ternura. Y con los peronistas tampoco quedo bien porque el libro está lleno de pasajes críticos o autocríticos y porque Perón (el intocable) queda mal parado en muchos pasajes. Era malo Perón. Y era bueno Perón. Como todos nosotros. El tercer Perón fue más malo que bueno. Se equivocó fiero al darle tanta manija a López y en dejarlo como su heredero. Para qué hablar. Todos lo saben. ¿O los peronistas creen que yo no hablo con peronistas? Sólo hay una diferencia: ellos no escriben libros y algunos, de escribirlos, no se jugarían como yo. Pero en cientos de cenas con peronistas los he visto concluir entre la amargura y la dolorosa aceptación de una verdad que duele: “Y sí, el Viejo era un hijo de puta. Nos cagó bien recagados y nos dejó al bufón y a la turra esa para que completaran la tarea”.

En esta obra, trato a Perón con toda la complejidad que un personaje tan indescifrable requiere. Y le reconozco muchísimas cosas de su primer gobierno y aun de los 18 años de exilio. Ahora, cuando volvió todo fue distinto. A ese Perón no lo quiero. Y lo viví de cerca, puedo jurarlo. Tampoco me gusta todo lo del primer Perón. Quiero más a Eva y eso se nota. También sé que Eva murió muy joven y la vida no alcanzó a ponerla a prueba. Algo me dice, sin embargo, que no se habría torcido, que habría sido Eva hasta el último de sus días, aunque esos días duraran cien años.

Todo muy triste. Porque a todos nos dolió (y mucho) la muerte de Perón. Lo triste es que nos tomen por tontos. Galasso es una gran persona. Y ha luchado honestamente toda su vida. En los '70 no era peronista. Estaba con el Colorado Ramos. Después aparece con su enorme y arduamente trabajada biografía y termina por decirle “Juan” al complejo, muy complejo general Perón. “Juan” tenía que estar totalmente en el otro mundo ya para decirle a Chabela “nunca tomes una decisión importante sin consultarlo a Balbín”, porque sabía más que bien que ella haría lo que el Brujo le dijera, que sería su esclava, su arma, su instrumento dócil de poder. Perón se fue de este mundo en el mejor estilo de Luis XIV: “Después de mí el diluvio”. Y nos dejó el diluvio: a un asesino compulsivo y a una tonta perversa, a una tonta que le gustaba ordenar asesinatos o firmar listas de gente condenada a morir. Sobre todo (y,

en rigor, únicamente) las que su gurú umbandista le entregaba. Esto Perón lo sabía más que bien. Volvamos a la hipótesis de dejarle el gobierno a Balbín. ¡Un delirio! Ni el PJ ni la CGT lo habrían admitido. A los tres días lo sacaban a patadas. Veamos la otra posibilidad: “Consultalo todo con Balbín”. De esa forma, el Chino se transformaba en un virtual vicepresidente. No sé si se sueña: un radical vicepresidente, que iba a tirar (¡y vaya si el Chino lo haría!) para el lado de su partido. ¡Perón nos legaba un pre-Cobos! ¡Vade retro! Imagínense a los peronistas visitando a Isabel y ella que los escucha y no responde. Y no responde. Y no responde. Y, al final, dice: “Disculpen, todo esto tengo que consultarlo con el doctor Balbín”. “Perdón, señora, ¿quién gobierna aquí? ¿Usted o el jefe radical don Ricardo Balbín?”. “Yo, pero todo lo importante lo consulto con él. Fueron las últimas palabras del general, su último pedido.” “Y díganos, señora, ¿el general estaría lúcido o ya deliraba?” Un papelón. Un mamarracho. Isabel hizo lo único que sabía y podía hacer: “Daniel, por favor, ocúpese de todo. Sólo confío en usted. ¿Qué hay que hacer?”. “Ante todo, señora Presidenta, matar a no menos de 1500 personas.” “¿Y eso será por el bien y la pacificación de la patria?” “Por el bien es posible. Pero por la pacificación, le doy mi palabra. Señora, no sé si usted habrá observado que las personas, cuando están vivas, suelen perturbar mucho o demasiado.” “En efecto, observé ese detalle.” “Entonces, crea en mi palabra: cuando están muertas, no joden más.” “¿Qué interesante. Proceda, López. Con Balbín, nada, ¿no?” “Señora, será claro: si usted consulta algo con el doctor Balbín, ese hombre sensato y de buen corazón, se convertirá en la primera de las 1500 personas que necesitamos retirar de este mundo.” “Oh, no, pobre Chino, dejémoslo vivir.” “Mientras sea posible, señora, así se hará. No crea que me gusta matar.” “Lo sospechaba, Daniel. Es usted tan dulce.” La otra posibilidad ya la desarrollé: Chabela decide, en efecto, consultarlo todo con Balbín. Lo convoca. Lo recibe en su escritorio. A su lado, López. Chabela le dice: “Doctor Balbín, cumpliendo con el pedido último del general voy a consultarlo todo con usted. Mañana vamos a matar a Ortega Peña. Después a Silvio Frondizi y a Julio Troxler y después a 1500 personas más, ¿cuál su opinión?” Es posible que el Chino muriera ahí mismo. Y que López Rega, feliz, dijera: “¡Qué alegría tan inesperada! Uno menos”.

JULIO DE 1974

1º de julio: Muere Perón. Había regresado al país el 20 de junio del año anterior. Duró vivo apenas un año y diez días. En ese escaso tiempo deterioró gravemente su figura política. No fue bueno para él ni para el país. Si hubiera muerto —digamos— en 1972 habría conservado intacta su figura de líder del Tercer Mundo. Lanusse, que era un legalista y no un carnicero como Videla, se habría encargado de la represión. Y todo habría sido mejor. Traducido en vidas humanas: habrían muerto 25.000 seres humanos menos. Porque nuestra cifra (como la que dan Pilar Calveiro y los organismos de Derechos Humanos y las Madres y las Abuelas) es: 30.000 desaparecidos. ¿Por qué? Muy simple: porque ellos lo dicen. Y sólo a ellos les creo. Habrían muerto, además, de otro modo. O habrían sido arrestados. Ojo: con Lanusse. Si Lanusse era desplazado y asumían los chacales de la Doctrina de los paras franceses habría sido todo bastante distinto. Esa Doctrina era la Doctrina de la desaparición de los cuerpos. Sospecho, de todos modos, que en 1972 no se habría llegado al horror al que se llegó.

Perón muere en Olivos, a las 13.15. Tenía 78 años. Es remarcable la tapa que le dedica *Noticias*, el diario de los montos. “A las ocho de la noche (cuenta Bonasso), cuando hicimos la clásica reunión para decidir la tapa, yo propuse que titulásemos con una sola palabra en letras tamaño catástrofe: DOLOR. Debajo, un texto muy breve y muy destacado. Nada más. Por unanimidad decidimos acercarle una Olivetti a Walsh, para que él redactara las ocho líneas en cuerpo 72 que había diseñado el Oso Smoje. Es imposible concebir una síntesis mejor: *El general Perón, figura central de la política argentina en los*

últimos treinta años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional... (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, p. 171). Para mí, Bonasso tiene razón: imposible concebir una mejor síntesis. También creo que tiene que haber sido Walsh el que la redactara. No obstante, si Verbitsky dice que no, no.

Aunque conociera la existencia de los grupos parapoliciales, aunque se hubiesen cometido atentados y asesinatos bajo su gestión, sería muy injusto no decir en su descargo que algo debía estar conteniendo Perón mientras vivía, ya que a partir de su muerte la acción de la Triple A (firmando sus crímenes) se torna vertiginosa. ¿Cuántos habrán muerto durante Perón? Atentados hubo a montones, pero —al repasarlos— pareciera que los asesinos tenían muy mala puntería o no tiraban siempre a matar. La lista de Gambini no es confiable porque a Enrique Grymberg lo pone como muerto de Lastiri y también de Perón. Podríamos decir que —mientras gobernó Perón— los crímenes de militantes de la izquierda peronista y del PRT-ERP habrán llegado a cincuenta. Muerto Perón, los asesinatos de la Triple A —que hay que contarlos casi hasta fines de 1975— llegaron —por lo bajo— a 1500. Sin embargo, durante la época se hablaba de 2000 muertos. Recuerdo que —con amargura— les decía a mis amigos que estaba terminando *Filosofía y Nación* y que el capítulo sobre Moreno se inspiraba en el vanguardismo de los Montoneros. “Pero escribo con cautela”, añadía. “Con la cautela que imponen dos mil muertos.” Esa era la cifra que decía. Y si la decía es porque era la que se manejaba entre los muy preocupados (algunos ya tan sumidos por el miedo que sacaban el pasaporte y preparaban sus valijas o, al menos, iban en busca de abogados que —creían equivocadamente, pero ocurría que nadie imaginaba lo que se le venía encima al país— habrían de protegerlos en las inminentes horas difíciles que el golpe de Estado desataría) militantes de superficie. A quienes el desastroso pasaje a la clandestinidad de Montoneros (para el que Firmenich había logrado como excusa la prohibición de la revista *La Causa Peronista* a la que había narrado —para conseguir esa prohibición— sobria pero descarnadamente el secuestro y la muerte de Aramburu) había dejado cruel e insensiblemente desguarnecidos, pasto fácil para las balas de las bandas fascistas.

Del modo que fuere, a partir de la muerte de Perón la organización que sale a matar a sangre y fuego es la Triple A. Que la guerrilla de izquierda (Montoneros y ERP, cada vez más cercanos) respondiera completó el cuadro de la masacre de aparato a aparato. De la violencia sin pueblo, sin masas, de la violencia que actúa envuelta en su propia sustantividad delirante sin importarle el evidente reflujo de masas que la condena a la soledad de su propia soberbia. La Triple A mataba porque sus crímenes ya eran política de Gobierno. Algunos decían: “Lopécito debe creer que mata a 5000 tipos y se queda con el país”. Otros: “Gelbard lo va a parar. No hay economía posible en medio de tantos cadáveres”. Y otros: “No, el que para esto es el Ejército. No le va a dejar el país a Lopécito”. La guerrilla de izquierda mataba inmersa en un error fatal: “El Gobierno tiene que caer. Cuando todo esté bien podrido, los militares van a dar el golpe. Y ahí sí: es nuestro momento. El pueblo se nos va a unir. Entre los militares y nosotros, ¿qué duda puede haber? Nosotros. Apenas tengamos diez mil militantes tomamos el poder”. No tenían ni tuvieron diez mil militantes. (*Aclaración*: En general, para las fechas de la *Cronología* seguí el notable trabajo de Andrew Graham Yool (*Tiempo de tragedias y esperanzas*), el de Roberto Baschetti (*Crónica de un desastre en Documentos 1973-1976*, Volumen III), el de Oscar Anzorena (*Violencia y utopía*) y el tradicional de Ignacio González Janzen (*La Triple A*). También acudí a anotaciones mías y a mi frecuentemente estremecida memoria personal de la época.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
(Última entrega)

Conclusiones

IV Domingo 9 de mayo de 2010